



Edgardo Civallero  
En movimiento

# **En movimiento**

**[Los muchos caminos – Camino 05]**

**Edgardo Civallero**

Una versión de este texto fue publicada como "Camino 05" de la columna "Los muchos caminos", en *De bibliotecas y bibliotecarios. Boletín electrónico ABGRA* (9 (2), junio de 2017).

© Edgardo Civallero, 2017.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0 "Bibliotecario". <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>

## En movimiento

En una biblioteca móvil ocurren cosas mágicas.

Conozco a todos mis usuarios. Sé sus nombres, lo que les gusta leer, muchas veces sé lo que ocurre en sus vidas. Desde Thomas, de 3 años, que se para en la esquina con su mamá y se niega a moverse hasta que la biblioteca se pierde de vista tras la última esquina, hasta a la Sra. B, una octogenaria que nos espera en la puerta de su casa para que la ayudemos a cruzar la calle, a cargar sus libros y a subir al autobús para que pueda elegir otros. No hay límites de edad en la biblioteca móvil. No hay límites en absoluto — se lo dije, es mágico.

Todd, Gemma [encargada de una biblioteca móvil en los West Midlands, Reino Unido]. *The life of a mobile librarian. Picador*, 29 de enero de 2015.

Uno de los caminos profesionales que más curiosidad despiertan en el universo de las disciplinas del libro y la información es el de las bibliotecas en movimiento. Esas unidades nómadas, andariegas, errantes y ambulantes, con tantas formas y apariencias como denominaciones posibles, que se dedican a sacar los libros de la comodidad de sus estanterías y a llevarlos allí donde sean necesitados. O apreciados, que para el caso es lo mismo.

Semejante interés, pocas veces disimulado, probablemente se deba al puñado de experiencias "exóticas" que se suelen poner como ejemplos ilustrativos a la hora de describir esa parcela del mundo bibliotecario.

Baste recordar las bibliotecas a lomos de camello que recorren los condados kenianos de Mandera, Wajir y Garissa, habitados por pastores nómadas en la frontera con Somalia, o el celeberrimo "biblio-burro" de Luis Soriano, que sigue recorriendo las montañas del departamento colombiano de Magdalena y que inspiró la aparición de muchos otros biblio-animales en América Latina (p.ej. los biblio-burros de Nicaragua). A ellos se unen los biblio-burros de Etiopía y Zimbabwe, el biblio-caballo del indonesio Ridwan Suriri en el corazón de la isla de Java, o los biblio-elefantes de las provincias de Sayaboury y Oudomxay, al norte de Laos.

Las bibliotecas a bordo de canoas o de barcos también han sido muy difundidas, especialmente aquellas que recorren los misteriosos caños y riachos bordeados de floresta de la Orinoquia, la Amazonia o el (probablemente menos exótico pero igualmente verde) delta del Paraná, en América Latina. Aunque las hay iguales en los fiordos noruegos o las islas Célebes, el río Mekong o las marismas de Chalan Beel.

Las que viajan en vehículos motorizados –camiones, autobuses, coches, motos, tractores, tráileres, tranvías– no causan tanto asombro, aunque de vez en cuando surja alguna originalidad que arranque una sonrisa. Es el caso de "Armas de destrucción masiva" del argentino Raúl Lemesoff, el "bibliomotocarro" del italiano Antonio La Cava, o "Tell a Story" del portugués Francisco Antolín. Las hay que se mueven en vehículos

sin motor, como aquellas que viajan a bordo de carretas en Colombia, o las numerosísimas biblio-bicicletas, entre las cuales se cuentan las de Antofagasta, en el Norte Grande de Chile.

Pero para que una biblioteca se mueva no hacen falta ruedas y motores, ni bestias de carga o de tiro. Ni siquiera son necesarias grandes colecciones. El objetivo principal de cualquier biblioteca ambulante es hacer llegar los documentos –y un puñado basta, siempre que estén bien elegidos– a sus potenciales usuarios. La propuesta de la joven de Ramsgate (Reino Unido) que ilustra esta columna expresa, en una sola imagen, el núcleo de esa idea. Idea que ha sido puesta en práctica una y otra vez en todo el mundo, con mochilas y maletas de "libros viajeros", paquetes de novelas, revistas y CDs musicales que se mueven de casa en casa y de mano en mano entre vecinos, y un largo y variopinto "etcétera" que tiene como único límite la imaginación del bibliotecario. Y la de sus lectores.

Curiosamente, las experiencias que siguen llamando la atención a nivel internacional son las exóticas, las curiosas, incluso las extravagantes. Y las que ocupan el primer lugar en las estadísticas de biblio-móviles de todo el mundo son aquellas que se basan en vehículos a motor, sobre todo autobuses, y muy especialmente aquellas que replican casi con exactitud el aspecto y el funcionamiento de una biblioteca "fija". De las iniciativas "micro", a pequeña escala, apenas si se habla: los bibliotecarios y promotores de lectura que recorren barriadas o aldeas con mochilas llenas de libros, o los que arrastran cajas con revistas y manuales de aquí para allá a través de rutas y caminos no aparecen ni en los informes ni en los ejemplos a destacar. Y eso a pesar de

que esas propuestas son, con toda probabilidad, las más numerosas (aunque también las más anónimas), las más interesantes y las más valiosas: por un lado, por el nivel de esfuerzo y compromiso personal y profesional que implica desarrollarlas y mantenerlas, y por el otro, porque responden a las necesidades y se adaptan a las particularidades de sectores de población que han sido desatendidos u olvidados (consciente o inconscientemente) por otros servicios bibliotecarios, móviles o no. Son propuestas que implican una investigación de perfiles, un esfuerzo en el diseño y una inversión de tiempo e ilusiones proporcionalmente similares a las de cualquier famoso "biblio-burro" o "biblio-bote". Pero particularmente invisibles.

La invisibilidad no afecta solo a los resultados, sino también a los métodos y a las posibilidades. Si bien existen numerosos lineamientos de trabajo, recomendaciones y manuales para bibliotecas móviles tradicionales (probablemente los más conocidos sean los de IFLA, traducidos a varios idiomas), no hay tantos documentos que asesoren a las bibliotecas –sobre todo a aquellas pequeñas y/o con menos recursos– a mover sus colecciones sin necesidad de un vehículo, o que aconseje formatos y/o procedimientos "alternativos". Tampoco hay un catálogo de buenas prácticas internacionales "micro" que puedan servir de inspiración u orientación. De modo que, en ese sentido, muchos bibliotecarios quedan librados a su suerte, a su astucia, a su creatividad y al apoyo que les brinde su comunidad.

Los libros y todos sus compañeros de cajas y estanterías seguirán en movimiento, ya sea en lujosos biblio-móviles o en pequeñas mochilas. Al fin y al cabo, poner documentos en circulación –el equivalente de mantener viva una colección– es uno de

los fines de cualquier biblioteca que se precie de serlo. Mientras tanto, y como ocurre con muchos otros caminos al costado del mundo bibliotecario, los de las pequeñas bibliotecas ambulantes aún esperan ser cartografiados, y que su importancia sea debidamente reconocida.

### **Para continuar leyendo**

- Civallero, Edgardo (2017). Rutas acuáticas del saber. *El Quinto Poder*. [En línea]. <http://www.elquintopoder.cl/cultura/rutas-acuaticas-del-saber/>
- IFLA (2010). *Mobile Library Guidelines*. La Haya: IFLA. [En línea]. <https://www.ifla.org/files/assets/hq/publications/professional-report/123-es.pdf>
- Winter, Jeanette (2010). *Biblioburro: A True Story from Colombia*. Nueva York: Simon & Schuster/Beach Lane Books.
- Ruurs, Margriet (2005). *My Librarian is a Camel: How Books Are Brought to Children around the World*. Honesdale: Boyds Mills Press.

### **Ilustración**

The Walking Library. Una joven en Ramsgate (Reino Unido) ofrece libros puerta a puerta durante la primera mitad del siglo XX. Soibelman Syndicate News Agency Archive, Nueva York.